Centro Virtual Cervantes

tones de ese panteón cultural alemán de la época ha dejado de prestar su atención a la traducción de obras, tanto clásicas como modernas, que han servido de fermento a las impulsos surgidos de una reflexión sobre la propia esencia. La creación de esa hermandad universal que pretendía la *Weltliteratur* goetheana se debía construir sobre una actividad amplia y profunda de apropiación lingüística y cultural de los bienes espirituales de las distintas naciones culturales.

Pero no es mi intención quedarme en estas consideraciones generales, no por evidentes menos olvidadas, sino hacerlas avanzar hacia el análisis de las situaciones concretas de la actualidad, para así hacer de la historia, aquello que Cicerón pretendía de ella: ser maestra de la vida.

Frecuentemente se habla de la actitud cultural con la que se produjo la conquista y civilización española del Nuevo Mundo como la negación de lo otro. Algún traductólogo[1] ha puesto incluso la conquista española de América como metáfora para ejemplificar lo que no debe ser una traducción, es decir una invasión del terreno que se descubre a través de la traducción, concepción ésta en la que coincide con Ortega y Benjamin, para quienes la traducción era un viaje respetuoso a la lengua y cultura de la que se traducía. Pues bien, la negación de lo otro tiene su traducción social y cultural en la medida de aceptación que lo foráneo tiene en la propia cultura a través de la traducción lingüística. El hecho de que hoy en día el coloso del planeta, el gran imperio del mundo, es decir, los Estados Unidos, acepte dentro de su mercado editorial y, lo que es más importante, de su espacio espiritual los escasos testimonios culturales de otros países que se recogen en los títulos que en el registro de la UNESCO del año 1984 van del 19.729 al 20.546, es decir, 817, no puede hablar mucho en favor de la capacidad receptiva que un país *leader* debería tener en caso de que estuviera guiado de un talante moral tanto hacia dentro como hacia fuera. Ni siquiera completando estas cifras del mercado editorial propio con la presencia y efecto cultural que las publicaciones del Reino Unido pueden tener en los Estados Unidos, mejora el perfil de esa recepción por parte de la cultura americana. En este país son 1.151 títulos —los que van del número 35.991 al 37.142 de ese mismo registro— los que completan la lista de inmigrados espirituales acogidos en el propio espacio cultural. Tal vez cabría achacar este dato de la escasa receptividad/recepción cultural de este país a la mayor riqueza de producción editorial propia y a la dependencia que los pequeños países/lenguas tienen respecto de los grandes productores de libros. Sin embargo, esta suposición queda en entredicho si se consideran las cifras del volumen editorial total: frente a un total de 70.000 títulos aparecidos en ese país, España produce unos 50.000 títulos, de los cuales 9.000 son traducciones, lo que nos coloca en el tercer país editor y el primer traductor. Es esta una cifra que, a pesar del engaño que supone el hecho de ser cuatro las lenguas receptoras de nuestro país, mejora la imagen que del mismo tenemos y empeora la de esa Europa que siempre se ha puesto como ejemplo de propios, no de extraños.

De Alemania siempre se ha pensado que hacía bien las cosas y que su receptividad cultural superaba la de otros países más meridionales, en concreto la del nues-

[1] Cf. Cordonnier.

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Miguel Ángel VEGA CERNUDÁ. La traducción como síntoma cultural
Centro Virtual Cervantes

tro. Pues bien, Alemania importa bastantes menos títulos de España que a la inversa. Así, por la década de los años veinte, Alemania publicaba una serie de literatura universal bajo el título de *Aus fremden Garten* (Weimar, Duncker). De la serie de 100 títulos de los que costaba la colección (dedicados a Leopardi, Eça de Queiroz, Swart, Petöfi, etc.) ninguno correspondía a un autor español.

Bien es verdad que en ese balance de intercambios, Alemania salva ese déficit de importaciones hispánicas con las traducciones que hace del mundo ibero-americano (Vargas Llosa, Roa Bastos, García Márquez, Corpus Vargas, etc.) traducciones motivadas, además de por la calidad de estos autores, por esa tendencia exotista endémica de la cultura alemana, ese *Drang in die Ferne* que ya sancionaron los románticos alemanes. En aquel entonces era España la lejanía exótica a la que huía el espíritu alemán aquejado por el mal del siglo. Hoy en día, el color azafrán de la paella disfrutada en el veraneo y el Jumilla mercado en Tegelmann calman las necesidades de hispanidad del alemán.

A esta situación de déficit contribuye quizás el hecho de que los hispanistas alemanes y, en general, el filólogo alemán ha desdeñado la traducción como una actividad ancilar y ha preferido la aportación crítica. Ninguno de los escasos grandes nombres de la hispanística de expresión alemana se ha dedicado, a la inversa de lo que hace el germanista español, a la traducción. El caso del Prof. Hinterhäuser es una honrosa excepción.

¿Quién sale ganando y perdiendo de esa falta de compensación en los balances editoriales? Ambos países: España por ser sujeto pasivo y paciente de un déficit de imagen, de un desconocimiento endémico que, en general, Europa y, en especial, Alemania han tenido de su entorno y su proximidad, con todo lo que esto comporta y que antes se disculpaban aduciendo razones políticas. Alemania, es decir, el espacio germanófono, por encerrar a sus ciudadanos en un provincianismo que no ve más allá de sus fronteras y que hace depender el conocimiento de la realidad española de impresiones de corresponsales tipo FAZ sobre la movida madrileña, el barrio de los actores en la capital de España o la capa española. Folclorismo legítimo, pero insuficiente. Eso sí, mientras nuestra huelga general o la concesión del Premio Cervantes pasa inadvertido, los *media* alemanes dan cuentan del único ahogado en las corrrespondientes inundaciones en un condado de West Virginia. Eso es cultura universal.

Y estas cifras que testimonian este balance negativo en el comercio espiritual entre las dos naciones no son de ahora: ya en el *Index Translationum* del año 1932 (publicado por el Institut International de Coopération Intellectuelle, precursor de la UNESCO), en el caso de Alemania se recoge un total de 103 traducciones, pocas si se considera lo que era Alemania y no tan pocas si se considera que por ese entonces Alemania pasaba por una de sus peores crisis. Ningún título español figura entre ellos. Sin embargo, en España, que no las pasaba mejor, se publicaban 141 y en ese *corpus* traductográfico se recogían numerosos títulos alemanes (Freud, Courts-Mahler, Remarque, etc.) además de otros títulos franceses, ingleses, etc. El año siguiente Alemania aparecía con 241 títulos traducidos, entre los cuales figuraba sólo uno español: Ortega y Gasset. A pesar de que por ese entonces se fundaban en Alemania los Institutos Hispano-americanos de Berlín y Hamburgo, ni Cervantes ni Calderón merecían el interés de los alemanes, a la sazón ocupados en fun[illegible] el *III*

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Miguel Ángel VEGA CERNUDÁ. La traducción como síntoma cultural

Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes

tución Libre de Enseñanza, a Huarte de San Juan o a Campoamor? En la coleccción de traducciones de la literatura mundial que bajo el nombre de *Tierras y Gentes* que tras la Revolución Rusa se encargó Máximo Gorki de dirigir, sólo figuraban dos títulos hispanos. Por el contrario, en España han tenido entrada a través de la traducción, aunque tarde —pero más vale tarde que nunca—, nombres menores de la producción cultural del país, como Jakobson, Schklovski, Mayerhold, etc. Los grandes están tan asegurados (Chejov, Tolstoi, Gogol, Gorki, etc.) en España como sucede a la inversa en Rusia.

4. CONSIDERACIÓN FINAL

¿A qué se debe este déficit traductográfico? ¿Cuál es el motivo de estas ausencias documentales? Evidentemente a desconocimiento, desconocimiento que actúa realimentándose en un una especie de círculo vicioso y que tiene:

a) Motivaciones políticas: las relaciones mantenidas entre Europa y España en todas las versiones políticas y culturales (filipina, inquisitorial, contrarreformista, borbónica, restauracionista, alfonsina, franquista o democrática) no fueron siempre lo fluidas que deberían haber sido para que la comunicación y el comercio cultural fuera extenso y profundo. Precisamente, lo político y lo ideológico se mezcló demasiado en la imagen cultural de España. Europa nos ha tenido y, al parecer, nos sigue teniendo, como reserva folclórica. Estamos todavía bajo la influencia de la imagen que los viajeros (Thickness, d'Aulnoy, etc.) del XVII y el XVIII difundieron en Europa. Todavía en la España ilustrada que Carlos III había dejado, Humboldt no se atrevía a venir a nuestrō país sino acompañado de unos pistolones para hacer frente al bandolerismo de nuestros caminos. Después Merimée nos daría la puntilla al respecto. Si bien Goethe hacía lo mismo en Italia y se acompañaba de dos tercerolas, este país era recibido con todos los honores culturales en la literatura y editorialismo alemanes y el flujo de peregrinaje cultural fue constante.

b) Falta de laboriosidad y proselitismo en la fuente: no sé el procedimiento de propaganda que, aparte JJ OO y Expos, siguen nuestra autoridades culturales para documentar y propagar nuestros logros culturales más allá del Guernica, P. Almodóvar o el Instituto Cervantes, pesebre de categoría para insignes insignificantes. Lo que sí es cierto es que mientras el germanista dispone en los Institutos Goethe de una serie de medios auxiliares de estudio que van desde nutridas videotecas a actualizadas hemerotecas pasando por la imprescindible biblioteca, el estudiante de español como lengua extranjera depende del esfuerzo privado de sus mentores. Me extraña, pero me lo explico, que en centros de formación de traductores como l'ESIT o el Institut für Übersetzen und Dolmetschen de Heidelberg la enseñanza de los aspectos culturales y civilizatorios (*Landeskunde, Vie et civilisation*, etc.), imprescindibles para una correcta actuación profesional, estén casi totalmente ausentes de los planes de estudios. Me extraña, pero en el caso del español me lo explico: faltan los materiales básicos de documentación ¿Se han fijado Uds. en la abismal diferencia lexicográfica que existe entre, por ejemplo, el francés y el español? Mientras en el país vecino los diccionarios de peso pesado se cuenta por

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Miguel Ángel VEGA CERNUDÁ. La traducción como síntoma cultural

Centro Virtual Cervantes

decenas (*Larousse, Robert*, etc.), en nuestro país/lengua disponemos de algunos pesos medios (el de la RAE, el Moliner, el Corominas) que no cubren las necesidades de consulta e investigación ni de propios ni de extraños. Me pregunto si ese curso interactivo de español que con todo lujo de medios económicos ha editado el Instituto Cervantes era la primera tarea de una institución que lleve tal ilustre nombre. Desde luego la de más relumbrón, sí. Pero empezar por el relumbrón es empezar la casa por el tejado.

Quisiera acabar con unas reflexiones-resumen sobre el significado cualitativo de estos datos. Evidentemente la cultura europea ha estado y está bastante desorientada. Los autores que se reciben no se corresponden con la escala de valores editoriales de cada una de esas naciones en el momento. Igualmente es indicutible que estas cifras ponen la relación entre política y cultural. Dinamarca, con su volumen reducido de publicaciones en virtud de su reducido potencial lector, no tiene el efecto cultural mundial que en ciertos momentos (la segunda mitad del XIX , p. ej., con nombres como Grundvig, Kierkegaard, J. P. Jacobsen, S. S. Blicher) le ha correspondido por sus rendimientos. Y esta situación no es, por supuesto, justa.

Por su parte, España peca, frente a ese egocentrismo, papanatismo y exotismo de la cultura editorial europea, que combina lo propio con lo muy lejano, de eurocentrismo. Mientras casi todos los nombres de las distintas actualidades nacionales figuran en ese elenco español de traducciones, lo apartado, lo remoto es, al mismo tiempo, ignoto. De los 7.484 títulos traducidos registrados en 1984, 12.244 a 19.728, sólo muy pocos pertenecen a las culturas menores o alejadas (una decena de títulos chinos (I Ching), algunas del sánscrito, algunas del neerlandés, danés (Breiholst), una *rara avis* polaca (Potrykowski), ningún albanés, etc. Los títulos de esta procedencia vienen a través de una lengua medial, inglés, francés o alemán. Obviamente esto alude al escaso poliglotismo español, pero también a ese complejo de dependencia de cánones europeos.

Barret-Ducrocq lo ha señalado en su edición de la traducción europea: *la traduction a revêtu un caractère fondateur pour l'Europe...* Sería cuestión de no renunciar a esa función en estas horas en las que la refundación europea pasa por graves dificultades. Recientemente un crítico ha expresado de una manera paradigmática el carácter comercial o mercantil de la traducción, por supuesto, en un sentido cultural: de los traductores en tanto que finos contrabandistas, de sus artes en el oficio de introducir, de tender puentes, de su función como comunicadores privilegiados entre culturas y experiencias diversas, depende en buena parte que no se produzca una marginalización de los alimentos ideales básicos, una provincialización de las actitudes, una segmentación de los diálogos que, entonces sí, no podría dejar de sonar ridícula en contraposición con la universalidad de los medios de comunicación de masas (Fernando de Valenzuela en *Letra Internacional*, «Nota del traductor», 47, 30-31). Efectivamente, de los traductores pero estos a su vez dependen del público. El traductor, con lo que traduce, lo que no traduce y como lo traduce, se hace síntoma del mundo para el que trabaja, del público que le mantiene.

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Miguel Ángel VEGA CERNUDÁ. La traducción como síntoma cultural

Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes